

LA ROSA Y EL ESPINO

Poesía inédita de Eugenio Frutos Cortés, escrita en Guareña el 14 de septiembre de 1922

La rosa y el espino

Era un suerto sensillo perdido en la ladera  
de un monte, do reinaba perpetua Primavera,  
había en él una rosa  
perfumada y hermosa;  
y, en las noches fragantes, - la leyenda contaba,-  
que, saltante, escarificaba  
en su cáliz dorado dulce vino el amor.  
Y mirad que contrastó, cerea de la flor pura,  
junto al celeste encanto de su ideal hermosura,

- que nos decía de amores, de vida y desplazos, -  
Un espino crecía como imagen del misterio, de odio,  
como el ser y el no ser. /de dolor,

Los vientos y lluvias la rendían y grandona  
madera abrasaron y el espino y rosa  
puntaron, un día, sin ella querer.

Y aquella mañana la flor brotaba, que encontró  
al espino seco, que con su veneno, /en su seno  
una vez el misterio, la hacía parecer

y dijeron las gentes que la flor brotó  
y en aquel estío su bella corola el sol aguantó

Y desde la noche del infierno espino, /tú  
aquej pajarillo de amoroso arrullo,  
nunca, en un capullo,  
del amor el viro  
volvió él a beber.

Y una blanca estrella, que en la noche brilla,  
cuenta la leyenda, que es la flor zenuilla  
que ahora dedica a un infierno ayer.

Le contó esta historia la maga posó  
una noche al pájaro de mi fantasa  
Y a mí me la dijo después de trinar,  
Y quise rimarla, porque... ¿quién no tiene  
esta rosa misterio que al cielo se ha ido,  
porque el desengaño de un espino viene,

siempre fermentido,  
se diría a rosas?

Dicid: ¿quien no tiene rosas que llorar?  
Rosas que se serran, cuando de la vida  
los vientos nos traen espinos, que dejar herida  
a la rosa abierta de algun corazón.

Era un huerto sencillo perdido en la ladera  
de un monte, do reinaba perpetua Primavera,  
había en él una rosa  
perfumada y hermosa;  
y, en las noches fragantes, -la leyenda contaba-,  
que, galante, escanciaba  
en su cáliz dorado dulce vino el amor.  
  
Y, mirad que contraste, cerca de la flor pura,  
junto al celeste encanto de su ideal hermosura  
que nos decía de amores, de vida y de placer,  
un espino crecía como imagen de funeste, de odio,  
como al ser y el no ser.  
  
Los vientos y lluvias la verde y frondosa  
pradera arrasaron y el espino y rosa  
juntaron, un día, sin ella querer.  
  
Y aquella mañana la flor no reía, que encontró  
al espino seco, que con su veneno,  
una vez él muerto, la hacía perecer.  
  
Y dicen las gentes que la flor lloró  
y en aquel estío su bella corola al sol agostó.  
  
Y, desde la noche del infiusto espino,  
aquej pajarillo de amoroso arrullo,

nunca, en su capullo,  
del amor el vino  
volvió él a beber.

Y una blanca estrella, que en la noche brilla,  
cuenta la leyenda, que es la flor sencilla  
que llora desdichas de un infierno ayer.

\*

Le contó esta historia la maga poesía

una noche al pájaro de mi fantasía  
y a mí me la dijo después su trinar.

Y quise rimarla, porque... ¿quién no tiene  
una rosa muerta que al cielo se ha ido,  
porque el desengaño de un espino viene,  
siempre fementido,

su dicha a matar?

Decid: ¿quién no tiene rosas que llorar?

Rosas que se secan, cuando de la vida  
los vientos nos traen espinos, que dejan herida  
a la rosa abierta de algún corazón.